

de la divina cólera. Por todo ello, Carlos se vió obligado á sacrificar al odio nacional á su ministro Clarendon, que se refugió en Francia; y al fin, en 23 de enero de 1668 los plenipotenciarios ingleses y holandeses firmaron un tratado en La Haya. Dohna se había hecho prometer subsidios para el caso en que Suecia interviniera en la defensa de los Países Bajos y se había adherido al tratado condicionalmente.

Las partes contratantes trabajaron por conseguir la paz entre Francia y España en las condiciones bajo las cuales habían llegado á una inteligencia, el año anterior, Luis XIV y de Witt, y se comprometían á hacerlas aceptar por España, pidiendo á los beligerantes que consintiesen en una tregua que duraría hasta el mes de mayo. En realidad, tomaban á España bajo su protección y aun en el caso de que ella se negase á entrar en tratos, impedirían toda nueva conquista de Francia en los Países Bajos. Y, por un convenio secreto, se prometieron reconciliar á España con Portugal é incluir en el tratado que se negociara entre Francia y España la renuncia de aquélla á la sucesión de ésta ó, cuando menos, rechazar todo artículo que presupusiera la nulidad de la misma. Si Francia formulaba pretensiones mayores que las aprobadas por los aliados, éstos le harían la guerra hasta obligarla á concretarse á los términos del tratado de los Pirineos.

Mientras se seguían esas negociaciones, de las que él no tenía noticia, Luis XIV preparaba la campaña del año siguiente, que esperaba sería asombrosa: «Consagro toda mi atención, escribía en septiembre, á disponerlo todo para que en la próxima campaña nada me falte para lograr el fin que me he propuesto... y en mi mente repaso proyectos que no creo imposibles. ¡Cuán hermosos me parecen!» Ostensiblemente reforzaba el ejército de los Países Bajos y formaba otro que operaría en Cataluña ó en Italia; pero en el momento señalado, encontráronse en las fronteras de Borgoña varios contingentes que habían marchado en cuerpos sueltos y con destino desconocido. Condé, gobernador de aquella provincia, no quiso dejarlos entrar en ella, fingiendo no haber tenido noticia de su ruta, cuando precisamente había partido de Saint-Germain el 8 de diciembre de 1667 para ir á esperar en su gobierno á aquellas tropas y llevarlas luego al Franco-Condado. Ese mando concedido al príncipe sorprendió á todo el mundo, pues desde que aquél había vuelto á Francia, el rey le había tratado cortésmente, pero teniéndole siempre á distancia; dícese que Le Tellier y Louvois aconsejaron á Luis XIV que utilizara sus servicios en aquella guerra con la esperanza de crear un rival á Turena que les tenía muy pocas simpatías y que gozaba de gran autoridad cerca del soberano.

El Franco-Condado vivía tranquilo bajo la dominación española, que apenas se dejaba sentir en él, y cuyos privilegios eran respetados por la corte de Madrid que, sabiendo que era pobre, no le explotaba. Besanzón no se consideraba como ciudad española, sino que se vanagloriaba de ser una ciudad imperial, y la provincia tenía casi la condición de un país neutral y estaba en buenas relaciones con los suizos que eran poco menos que sus protectores (1). Había allí una

(1) Véase tomo III, pág. 526.

porción de plazas fuertes, pero muy escasas tropas para defenderlas: Condé calculaba que el efectivo de la caballería era de una compañía diseminada en las guarniciones (en Dolé había diez y seis jinetes) y el de la infantería de dos mil hombres á lo sumo, á los que debían añadirse cinco ó seis mil milicianos, de diez y siete á sesenta años, gentes de oficio en su mayoría, poco ejercitadas en el manejo de las armas y pacíficas. Condé mandaba quince mil hombres y tenía á sus órdenes varios tenientes generales, entre ellos Francisco Enrique de Montmorency, Bouteville, duque de Luxemburgo, primo suyo, que le había acompañado hasta el fin en su rebelión contra el cardenal Mazarino y el rey, y que recobraba, al mismo tiempo que él, el favor real.

Condé había tomado Besanzón en un día, y el duque de Luxemburgo Salins, en un día también, cuando Luis XIV, que había salido de Saint-Germain el día 2 de febrero, llegó á la provincia, después de haber recorrido á caballo y en cinco días el espacio de ochenta leguas. Todas las fuerzas reunidas pusieron sitio á Dole, cuya resistencia fué la más prolongada, puesto que duró cuatro días, del 10 al 14 de febrero; Gray no resistió «más que el tiempo necesario para tener el honor de capitular.» El 19 de febrero, emprendía el rey su regreso á Saint-Germain. La conquista del Franco-Condado había sido demasiado fácil; no la ilustró ningún hecho de armas; ello no obstante, todo el mundo admiró la manera como había sido preparada y la formalidad de aquella «corte en donde todo se llevaba con el mayor secreto,» según creía un embajador de Holanda.

Luis XIV se había enterado, durante la campaña, de la formación de la Triple Alianza. Apenas de regreso, se le presentaron un inglés y un holandés ofreciéndole la mediación de sus gobiernos; «hondamente irritado,» su primer movimiento fué lanzarse contra Holanda: «En mi camino no encontré más que á mis buenos fieles y antiguos amigos los holandeses... Confieso que su insolencia me hirió en lo más vivo... y me impulsó á dirigir todas mis fuerzas contra esa orgullosa é ingrata nación.» Pero el horizonte se oscurecía por distintos lados: destronado Alfonso VI de Portugal, su hermano Pedro, que le sucedió, había firmado en 13 de febrero la paz con España que, de esta suerte, se veía libre de ese perpetuo y cercano peligro; los suizos se agitaban y el duque de Lorena ofrecía ocho mil hombres á los coligados, á quienes se anunciaban, además, otros socorros. El rey no tenía, según él mismo dice, «ni el número de tropas ni la calidad de aliados necesarios para tal empresa,» así es que «llamó en su ayuda á la prudencia» y aceptó la mediación propuesta. Celebráronse conferencias en Aquisgrán, pero en Saint-Germain fué en donde se siguieron las verdaderas negociaciones que revistieron un carácter en extremo singular.

No parecía sino que los mediadores temían que Luis XIV se les escapara de las manos, tantas consideraciones le tuvieron. Había el rey propuesto á España que escogiera entre los dos términos de esta alternativa: ceder ó bien las ciudades conquistadas durante la campaña de 1667, ó bien el Franco-Condado ó el Luxemburgo, y con una ú otra de estas dos provincias algunas plazas del Norte. Los mediadores tomaron ese

ofrecimiento como base de su mediación y pidieron al rey una suspensión de hostilidades hasta el 31 de mayo, pero Luis XIV, que se hallaba dispuesto á entrar en campaña, no quiso concederla sino bajo la condición de que ellos garantizasen que antes de aquella fecha

ensanchado sus fronteras por el lado en que estaban «algo comprimidas,» y las ciudades conquistadas, que Vaubán se puso á fortificar inmediatamente, cerraron el camino de París á todas las invasiones posibles.

La paz, sin embargo, no satisfizo á todo el mundo en



CHARLES IIII DUC DE LORRAINE, Marchis Duc de Cal. Bar &c. Fils de François Comte de Vaudemont et de Christine de Salm, les premi. armes furent employées au secours de la Religion et de l'Empereur Ferdinand II à la Bataille de Prague, contre le Roy de Bohême ou il mena 4.500. hommes. Apres la Bataille de Leipzig ce Duc passa le Rhin, et arresta le cours des progrès des Suedois, commandant l'armée Imperiale confederée contre eux. Il contribua beaucoup au gain de la bataille de Nortlingen, et prit les Generaux Horn et Glatz, prisonniers. Deffit le Wurtemberg, combattit le Duc de Weimar aux bords du Mein, l'empescha d'assiéger Besancon, fit lever le siege de Dole, combattit beures aux atques de Poligny, et de Brisac; et mit en route l'armée Francoise à Durlingen. Ayant commandé en Allemagne et en Flandre plusieurs armées pour l'Emp. et le Roy d'Espagne avec beaucoup de valeur. Il a espousé la Duchesse Nicole de Lorraine sa cousine germaine, Elle ajsnée de Henry Duc de Lorraine et de Bar, et de Marguerite de Gonzague.

A Paris chez Daret avec privil. du Roy 1652.

El duque Carlos IV de Lorena (facsimile reducido de un grabado en madera anónimo de la época)

quedaría firmada la paz. Los mediadores no sólo dieron esa garantía, sino que, además, prometieron unirse á él si era preciso, para obligar á España á someterse. El plenipotenciario español, después de haber formulado algunas objeciones, firmó el tratado, en 2 de mayo, en Aquisgrán, y el 29 del mismo mes proclamóse la paz en París y en Bruselas. España había escogido el primer término de la alternativa, y por consiguiente el rey conservó en su poder Charleroi, Binche, Ath, Douai, el fuerte de Scarpe, Tournai, Oudenarde, Lila, Armentieres, Courtrai, Bergues y Furnes con sus dependencias, y restituyó el Franco-Condado. Luis XIV había

Francia; así Turena, cuando supo que estaba firmada, «pareció un hombre á quien se hubiese asestado un golpe de maza,» pues creía posible la conquista de los Países Bajos con una sola campaña, y cualquiera creería lo mismo dada la actitud del rey de Francia y de los mediadores durante la negociación. De Witt temía que Francia se apoderara en 1668 del resto de los Países Bajos; el emperador vivía engañado y casi todo el Imperio dormía; Suecia podía ser reconquistada por medio de una puja; el rey de Inglaterra seguía dispuesto á venderse y su poderío militar no era, por otra parte, muy grande en aquel entonces; y Holanda no se

hallaba dispuesta para la guerra, hasta el punto de que en 1667 había pensado vencerla el obispo de Múnster.

Conquistados los Países Bajos españoles, prolongada la costa francesa hasta la desembocadura del Escalda, convertida Amberes en plaza francesa, como Burdeos y Marsella, y por añadidura triunfante la política de Colbert, Francia veía cambiar sus destinos (1).

Luis XIV, en sus campañas de 1667 y 1668, mostró el modo como hacía la guerra: «En los trabajos guerreros no demostró aquel valor de Francisco I y de Enrique IV, que buscaban toda clase de peligros; contentábase con no temerlos y con incitar á todo el mundo á que por él se arrojasen á ellos con entusiasmo.» Esa opinión de Voltaire es justísima. El miedo es un desorden que Luis XIV, tan ordenado y tan dueño de sí mismo, no conoció jamás, pero no fué un «rey valiente» como lo habían sido Enrique IV y Luis XIII; él mismo se felicitó ingenuamente á sí propio por haberse hallado un momento en peligro durante la campaña de Flandes.

Cuando, después de la toma de Douai, fué á Compiègne á buscar á la reina, hizo una excursión á caballo hasta París y Saint-Cloud: «Quise darme, dijo, el gusto no sólo de descansar al lado de la reina y de mis hijos, sino también de hacer ver dentro de mi reino que las ocupaciones que me retenían fuera no me impedían venir á París, cuando lo creía oportuno, ya para ordenar los negocios interiores, de los cuales me hacía dar cuenta directamente, ya para mantener en el cumplimiento del deber á aquellos que sentían cierta inquietud de espíritu.» Los que sentían cierta inquietud de espíritu eran Monseñor y su pequeña corte; y aunque aquella inquietud no era peligrosa, pues empezaba por no serlo Monseñor, el rey atendía á las cosas nimias al mismo tiempo que á las importantes. El monarca no ha dicho, por otra parte, que le agradaba ver, al par que á la reina, á la señorita de La Valliere, á quien amaba todavía, y á la señora de Montespán, á la que empezaba á amar. Su regreso á Flandes para presentar á la reina las ciudades conquistadas, fué una serie de entradas triunfales, una ostentación de carrozas de oro y de cristal, de diamantes, de encajes, de casacas doradas y de gualdrapas bordadas en oro fino; Coligny escribe que todo cuanto se sabe «de la magnificencia de Salomón y de la grandeza del rey de Persia, no puede compararse con la pompa que acompaña al rey en este viaje.» En aquel momento, la campaña parecía un «viaje de la corte.»

El rey no había llevado damas al Franco Condado, lo que era una «austeridad,» pero en lo demás «se observaba todo el ceremonial de Saint-Cloud; así el rey celebraba su recepción antes de acostarse, sus grandes y pequeñas reuniones de día, y un salón de audiencias en su tienda.» La única diferencia consistía en que sus comidas eran más largas: «Durante aquella expedición, ha dicho él mismo, como la estación era muy agradable, procuré suavizar sus rigores, para las personas de calidad, dándoles bien de comer; y como, estando en

(1) Ya hemos visto en la pág. 33 que se censuró á Mazarino por haber entrado en tratos con España dejándole los Países Bajos. De Witt, en la memoria antes citada (pág. 298) opina que si Francia «no hubiese consentido en la paz (1659), todo lo que al rey de España le queda en los Países Bajos habría sido conquistado en dos campañas.»

campaña, no hay que dedicar tanto tiempo á los negocios de gabinete, platicaba más libremente con todo el mundo en conversación así general como particular.» Luis XIV no era hombre á quien gustasen las privaciones.

Los efectos del sistema de guerrear de Luis XIV fueron importantes: arriesgar lo menos posible la persona real, ó no arriesgarla poco ni mucho; interrumpir una campaña para ir á asombrar á los parisienses y á ver á sus queridas; rodearse del estorbo de una corte en país enemigo y abandonar la campaña demasiado pronto, no eran los medios más á propósito para vencer rápidamente y de un modo radical.

CAPÍTULO IV

LA GUERRA DE HOLANDA (2)

I. Antes de la guerra; negociaciones y preparativos. — II. Ataque y evacuación de Holanda, 1672-1674. — III. Los cuatro últimos años de la guerra, 1675-1678.

I. — Antes de la guerra; negociaciones y preparativos

A partir de aquel momento, Holanda era la enemiga; Luis XIV resolvió aniquilarla y en los Consejos se pronunció la palabra «aniquilación.»

Varias fueron las causas que impulsaron al rey á tomar tal determinación: su orgullo herido por manifestaciones del orgullo de los holandeses y por la libertad de sus gacetas, y su antipatía monárquica y católica á aquella república protestante; á las que se juntó la codicia que el espectáculo de la riqueza de aquellos comerciantes despertó en Colbert. Pero la razón principal de la guerra y que por sí sola habría bastado, fué que en el momento en que Francia se sentía con fuerzas para descender por el Escalda, el Mosa y el Rhin hasta el mar del Norte á fin de redondear lo que ella juzgaba su marco natural é histórico, se encontró «en su camino,» como decía el rey, con la valla holandesa.

Los cuatro años que siguieron á la paz fueron dedicados á la preparación de la guerra; no obstante, ocurrieron durante ellos dos episodios, pues ni Francia ni el rey podían estarse quietos.

Algunos oficiales licenciados después de la paz y jóvenes hidalgos «ocasionarios» pidieron al rey permiso para marchar á Candía, en donde los venecianos hallábanse sitiados por los turcos; Luis XIV accedió á la

(2) FUENTES: Además de los documentos indicados en la página 291, *Mémoire inédit de Louis XIV relatif à la campagne de 1672*, pub. como apéndice en Rousset, *Louvois...* t. I. El P. Griffet, *Recueil de lettres pour servir à l'histoire du règne de Louis XIV*, París, 1760-64, 8 vol. Pellisson, *Lettres historiques*, París, 1729, 3 vol. *Actes et mémoires de la paix de Nimègue*, Amsterdam, 1679-80, 4 vol. *Lettres inédites des Feuquières*, pub. por Gallois, París, 1846, 5 vol. P. de Segur ha publicado varios documentos como apéndice á *Le maréchal de Luxembourg et le prince d'Orange*, París, s. d.

OBRA: Además de las citadas en las págs. 256 y 291: Beauvain, *Histoire de la campagne de Mr. le prince de Condé en Flandre en 1674*, París, 1774, 1 vol. Siretina de Grovestins, *Louis XIV et Guillaume III*, 1868, 8 vol. Reynald, *Louis XIV et Guillaume III*, 1883, 2 vol. Auerbach, *La diplomatie française et la cour de Saxe de 1640 à 1680*, París, 1887. De Segur, *Le maréchal de Luxembourg*, que acabamos de citar. Cartwright, *A life of Henrietta, duchess of Orleans*, Londres, 1894.

petición y aun, á ruegos de Venecia y del papa, envió en socorro de la ciudad sitiada un cuerpo de seis mil hombres y una flota de veintidós navíos, doce galeras y tres galeotas mandada por Beaufort. Los expedicionarios desembarcaron en 24 de junio de 1669, pero no pudieron salvar la ciudad. Un ataque contra los sitiadores, mal apoyado por la flota, fracasó, pereciendo en él quinientos franceses, entre ellos Beaufort; además, los turcos recibían refuerzos y, mientras, venecianos y franceses se disputaban. Al fin éstos se reembarcaron y Candía capituló en septiembre.

Al año siguiente, Luis XIV ocupó la Lorena, cuyo duque había ofrecido sus servicios á la alianza de La Haya; intimóle el rey, en enero de 1669, que redujese sus armamentos, y no habiendo el duque contestado, el ducado fué invadido. Carlos IV prometió entonces cuanto quisieron los franceses; mas apenas se hubieron retirado éstos, llamó de nuevo á sus regimientos que había enviado al Luxemburgo y al Franco-Condado. En agosto del año siguiente marchó un ejército sobre Lorena y se proclamó una ley marcial, ordenando que no se diese cuartel á nadie que se resistiera en lugares considerados como no defendibles. Todo cedió: las ciudades fueron ocupadas por guarniciones francesas y al país se le impusieron fuertes contribuciones. Luis XIV declaró que más adelante restituiría la conquista que había llevado á cabo; al apoderarse de la Lorena sólo había querido cortar á los españoles la comunicación directa con el Franco-Condado, los Países Bajos y el Luxemburgo.

Aquel acto de Francia debiera haber alarmado á Europa, sobre todo á Alemania por ser la Lorena territorio del Imperio. Alemania se emocionó, en efecto, pero sólo momentáneamente, y á las reclamaciones formuladas por el Imperio hizo contestar el rey «que Su Majestad no quería aprovecharse de la Lorena, pero que jamás la devolvería á solicitud de nadie.»

Después de firmada la paz, de Witt había reanudado sus negociaciones con de Estrades primero, y cuando éste fué llamado á Francia en castigo de no haberse enterado de la formación de la Triple Alianza, con Pomponne que le reemplazó. Pero esas negociaciones, lo mismo que las anteriores, á nada podían conducir, y una vez más quedaron interrumpidas. De Witt trabajaba por consolidar la Triple Alianza. Suecia no se había adherido aún definitivamente á ella, en espera de que le ofreciesen dinero; en mayo de 1668, por medio de un convenio firmado en Londres, Inglaterra y Holanda le habían prometido una cantidad, que debía pagar España, y aunque ésta se resistió mucho tiempo, al fin cedió. En 31 de enero de 1670, el «Triple Concerto» de La Haya fijó los contingentes de tropas y de buques que habrían de aportarse en la guerra que se hiciese en común contra cualquiera que violase la paz de Aquisgrán.

De Witt negoció con Dinamarca, con los cantones suizos y con Alemania, solicitando con especiales instancias al emperador. Lisola, desde Holanda, en donde se hallaba, excitaba á su soberano á que se mostrase enérgico; el débil Leopoldo prometió, á fines de 1670, defender los Países Bajos, en el caso de que se viesen atacados, y aun habló de adherirse á la Triple Alianza; pero luego se excusó, influido por Gremontille que

seguida dominándole. En 1671 ofrecióse de nuevo á la Triple Alianza. Era imposible fiarse de él.

Colbert, en tanto, recargaba sus tarifas, se irritaba contra las represalias y amenazaba (1). La actitud de Pomponne en La Haya era alarmante y Luis XIV no ocultaba los resentimientos de su orgullo lastimado; de Witt, pues, comprendió la necesidad de poner en pie de guerra las Provincias Unidas, costándole gran trabajo convencer á sus amigos del partido civil. En octubre de 1669 pidió que el ejército, reducido á treinta y dos mil hombres después de la paz de Aquisgrán, se aumentase hasta cincuenta mil, pero únicamente pudo lograr un refuerzo de cinco á seis mil hombres, y aunque insistió en su petición, Holanda, que por sí sola pagaba la mitad del entretenimiento, no quiso acceder á ella. Hasta principios de 1672, los Estados generales no votaron una recluta de veinte mil hombres, y algunos meses después, el ejército, aumentado con nuevas reclutas, contó con ochenta mil, y al mismo tiempo restablecióse la milicia de las ciudades que Mauricio de Nassau había suprimido. Fué preciso nombrar capitán general al príncipe de Orange, y así se hizo en febrero; pero el nombramiento fué sólo por una campaña y aun se le dieron como adjuntos unos comisarios, designados por los Estados generales, sin cuyo asentimiento nada podía hacer.

El ejército holandés hallábase en mal estado y padecía de todos los defectos del régimen de las levas, que Louvois había en parte extirpado, lo que hacía que se compusiera de soldados reclutados y pagados por oficiales fulleros, mal disciplinados y prontos siempre á desertar. El servicio de los viveres estaba tan mal organizado que á fines de abril de 1672 un coronel se quejaba á de Witt de que las tropas careciesen de vituallas y no pudiesen proporcionárselas ni con dinero. En cuanto á las municiones, sucedió una cosa sumamente rara y fué que una gran parte de ellas las compró un agente de Louvois. En las provincias había diseminadas muchas plazas fuertes, pero estaban mal guardadas y en pésimo estado; las murallas hallábanse obstruidas por casas y en los baluartes florecían los tulipanes de los jardines caseros.

De parte de Francia, la situación era muy distinta, y la campaña diplomática dirigida por Lionne, aunque de éxito poco duradero, es admirada aún en nuestros días.

El rey de Inglaterra, resuelto á llevar á ejecución el proyecto de convertirse, negociaba secretamente con la corte de Francia, y á fines de enero de 1669 consultó con los jefes del partido católico acerca de los medios de restaurar el catolicismo, diciéndoles que era menester acometer sin tardanza la obra, que sería larga y difícil. Había explicado su plan á Colbert de Croissy, embajador de Francia, asegurándole que ni él ni aquellos á quienes había confiado el asunto eran locos; indudablemente tendría que habérselas con la iglesia anglicana, pero los presbiterianos y otros no conformistas detestaban esa iglesia y no le guardarían rencor porque se hiciera católico, con tal que les concediese la libertad, como pensaba hacerlo. «Mi conciencia, decía, y el desorden que de día en día aumenta en mi reino, y que

(1) Véanse págs. 102 y 103.